

POR LA AUTORA DE  
LA CHICA DEL TREN

PAULA  
HAWKINS

ESCRITO  
EN EL  
AGUA

NO CONFÍES EN NADIE  
NI SIQUIERA EN TI

 Planeta

ESCRITO EN EL AGUA

PAULA HAWKINS

# ESCRITO EN EL AGUA

Traducción de Aleix Montoto

Extracto

 Planeta

EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *Into the Water*

© Paula Hawkins, 2017

© por la traducción, Aleix Montoto, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición del libro completo: mayo de 2017

ISBN de la obra completa: 978-84-08-17217-8

Composición: Víctor Igual, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

[...] Lo que me ha sorprendido es lo bien que lo he recordado. Demasiado bien. ¿Cómo es que puedo recordar con semejante perfección las cosas que me sucedieron cuando tenía ocho años y, en cambio, me resulta imposible recordar si he hablado o no con mis colegas sobre el cambio de fecha de la evaluación de un cliente? Las cosas que quiero recordar se me olvidan, y las que intento olvidar no dejan de acudir a mi mente. Cuanto más me acercaba a Beckford, más incontestable se ha vuelto eso, y el pasado, sorprendente e ineludible, ha salido disparado hacia mí como los gorriones de un seto.

Toda esa exuberancia, ese increíble verde, el reluciente e intenso amarillo de la aulaga de la colina, ha penetrado en mi cerebro y ha traído consigo un torrente de recuerdos: papá llevándome al agua cuando yo tenía cuatro o cinco años; tú saltando de las rocas

al río, cada vez desde más y más altura; pícnicos en la arenosa ribera de la poza; el sabor de la crema de protección solar en la lengua; ese gordo pez marrón que pescamos en las lentas y cenagosas aguas que hay río abajo, más allá del Molino; tú regresando a casa con un hilo de sangre en una pierna tras haber calculado mal uno de esos saltos y, después, mordiendo un trapo mientras papá te limpiaba el corte porque no ibas a llorar, no delante de mí; mamá ataviada con un vestido veraniego de color azul celeste, descalza en la cocina, preparando gachas de avena para desayunar, con las plantas de los pies de un oscuro y herrumbroso color marrón. Papá sentado en la ribera del río, dibujando. O, más adelante, cuando éramos algo mayores, tú vestida con unos vaqueros cortos y la parte de arriba de un bikini bajo la camiseta, escapándote de noche para ver a un chico. No uno cualquiera, sino *el* chico. Mamá, más delgada y frágil, durmiendo en el sillón del salón, papá desapareciendo para dar largos paseos con la esposa del pastor, rolliza, pálida y tocada con una pamelita. Recuerdo también un partido de fútbol. Los calientes rayos del sol sobre el agua, todas las miradas sobre mí y yo parpadeando para contener las lágrimas, con sangre en los muslos y las risas de los demás resonando en mis oídos. Todavía puedo oírlas. Y, por debajo de todo eso, el rumor de la corriente.

Estaba tan profundamente absorta en esas aguas que no me he dado cuenta de que había llegado. Ahí

estaba, en el corazón del pueblo. Había sucedido tan de repente como si hubiera cerrado los ojos y me hubieran trasladado por arte de magia y, cuando he querido darme cuenta, estaba recorriendo despacio sus estrechas calles repletas de vehículos cuatro por cuatro y atisbando con el rabillo del ojo las fachadas de piedra y los rosales, avanzando en dirección a la iglesia, en dirección al viejo puente, con cuidado ahora. He mantenido los ojos puestos en el asfalto y he intentado no mirar los árboles ni el río. He intentado no hacerlo, pero no he podido evitarlo.

Tras aparcar a un lado de la carretera y apagar el motor, he levantado la mirada. Ahí estaban los árboles y los escalones de piedra, cubiertos de musgo verde y resbaladizos a causa de la lluvia. Se me ha puesto la carne de gallina. Y he recordado esto: la lluvia glacial cayendo sobre el asfalto, unas centelleantes luces azules compitiendo con los relámpagos para iluminar el río y el cielo, nubes de aliento formándose delante de unos rostros asustados y un niño pequeño, pálido como un fantasma y que no deja de temblar, subiendo los escalones en dirección a la carretera de la mano de una mujer policía que tiene los ojos abiertos como platos y vuelve la cabeza a un lado y a otro mientras llama a alguien a gritos. Todavía puedo sentir lo que sentí esa noche, el terror y la fascinación. Todavía puedo oír tus palabras en mi cabeza: «¿Qué debe de sentirse al ver morir a tu propia madre? ¿Puedes imaginártelo?».

He apartado la mirada y, tras arrancar de nuevo el coche, he vuelto a la carretera y he cruzado el puente donde el carril da la vuelta. He esperado la llegada de la curva. ¿La primera a la izquierda? No, ésa no, la segunda. Ahí estaba, esa vieja mole de piedra, la Casa del Molino. Sintiendo un picor en la fría y húmeda piel y con el corazón latiéndome peligrosamente rápido, he cruzado la verja abierta y he enfilado el camino de entrada.

Había un hombre mirando su teléfono móvil. Un policía uniformado. Se ha acercado al coche y yo he bajado la ventanilla.

—Soy Jules —he dicho—. Jules Abbott. Soy... su hermana.

—¡Oh! —Parecía incómodo—. Sí, claro. Por supuesto. Verá, ahora mismo no hay nadie en la casa —ha dicho volviéndose hacia ella—. La chica..., su sobrina... ha salido. No estoy seguro de dónde... —Ha cogido la radio de su cinturón.

Yo he abierto la puerta del coche y he bajado.

—¿Le importa que entre en la casa? —he preguntado con la mirada puesta en la ventana abierta de la que solía ser tu antigua habitación. Todavía podía verte ahí, sentada en el alféizar con los pies colgando. Daba vértigo.

El policía se ha mostrado indeciso. Se ha apartado un momento y ha dicho algo en voz baja a través de su radio. Luego se ha vuelto otra vez hacia mí.

—Sí, está bien. Puede entrar.



La oscuridad me impedía ver la escalera, pero podía oír el agua y oler la tierra que quedaba a la sombra de la casa y debajo de los árboles, de los lugares a los que no llegaba la luz del sol, así como el hedor acre de las hojas pudriéndose, unos olores que me transportaban a otra época.

Al abrir la puerta casi esperaba oír la voz de mamá llamándome desde la cocina. Sin siquiera pensarlo, he sabido que tenía que terminar de abrirla con la cadera porque rozaba con el suelo y se atascaba. He entrado en el vestíbulo y he cerrado tras de mí al tiempo que mis ojos trataban de acostumbrarse a la oscuridad y tiritaba a causa del repentino frío.

En la cocina había una mesa de roble bajo la ventana. ¿Era la misma? Lo parecía, pero no podía ser, el lugar ha cambiado de manos muchas veces desde entonces. Podría haberlo averiguado si me hubiera metido debajo y hubiera buscado las marcas que tú y yo dejamos ahí, pero la sola idea ha hecho que se me acelerara el pulso.

Recuerdo el modo en que los rayos del sol la iluminaban por las mañanas, y que tú te sentabas en el lado izquierdo, de cara a la cocina. Aga, desde donde podías ver el viejo puente perfectamente enmarcado por la ventana. «Qué bonita», decía todo el mundo sobre la vista, aunque no llegaban a ver nada. Nunca abrían la ventana y se asomaban, nunca bajaban los ojos a la rueda, pudriéndose en su sitio, nunca mira-

ban más allá de los dibujos que trazaban los rayos del sol en la superficie del agua, nunca veían lo que en realidad era ésta, con su color negro verdoso y llena de seres vivos y cosas muertas.

He salido de la cocina y, enfilando el pasillo, he pasado junto a la escalera y me he internado en la casa. Me he topado con ellas tan repentinamente que me he sobresaltado: las enormes ventanas que daban al río y casi parecían meterse en él. Era como si, al abrirlas, el agua fuera a entrar y a derramarse sobre el amplio asiento de madera que había debajo.

Recuerdo. Todos esos veranos, mamá y yo sentadas en ese asiento, recostadas en pilas de cojines con los pies en alto y los dedos gordos casi tocándose, algún libro en las rodillas y un plato con aperitivos cerca, aunque ella nunca los tocaba.

No he podido mirarlo; verlo otra vez así me ha hecho sentir desconsolada y desesperada.

El yeso de las paredes había sido retirado para dejar a la vista el ladrillo desnudo que había debajo, y la decoración era típica de ti: alfombras orientales en el suelo, pesados muebles de ébano, grandes sofás y sillones de piel y demasiadas velas. También, por todas partes, las pruebas de tus obsesiones: enormes reproducciones enmarcadas de la *Ofelia* de Millais, hermosa y serena, con los ojos y la boca abiertos y flores en la mano, la *Hécate* de Blake, *El aquelarre* de Goya, o el *Perro semihundido* de ese mismo pintor. Esta repro-

ducción es la que más odio de todas, con ese pobre animal esforzándose en mantener la cabeza por encima de la marea.

Ha comenzado a sonar un teléfono. Los timbrazos parecían proceder de debajo de la casa. Siguiendo su sonido, he cruzado el salón y he descendido unos escalones; creo que antes ahí había un trastero lleno de cachivaches. Un año se inundó y todo quedó cubierto de lodo, como si la casa hubiera pasado a formar parte del lecho del río.

He entrado en lo que habías convertido en tu estudio. Estaba lleno de cosas: equipo fotográfico, pantallas, lámparas y cajas difusoras, una impresora. En el suelo se apilaban papeles, libros y carpetas, y contra la pared había una hilera de archivadores. Y fotografías, claro está. Tus fotografías cubrían cada centímetro de yeso. A un ojo inexperto podría parecerle que estabas obsesionada con los puentes: el Golden Gate, el puente de Nankín sobre el río Yangtsé, el viaducto Prince Edward... Pero si una miraba con atención, podía ver que lo importante no eran los puentes, y que las fotos no mostraban ninguna fijación por esas obras maestras de la ingeniería. Si una miraba bien podía ver que, además de puentes, también había imágenes del cabo Beachy, el bosque de Aokigahara, Preikestolen... Lugares a los que personas sin esperanza iban a poner fin a sus vidas. Catedrales de la desesperación.

Frente a la entrada, imágenes de la Poza de las

Ahogadas. Una tras otra, desde todos los ángulos y todas las perspectivas posibles: pálido y cubierto de hielo en invierno, con el acantilado negro y severo; o centelleante en verano, convertido en un oasis exuberante y verde; o apagado y silíceo, con nubes grises de tormenta en el cielo. Montones de imágenes que terminaban fundiéndose en una sola y que suponían un mareante asalto a los ojos. Me he sentido como si estuviera ahí, en ese lugar, como si me encontrara mirando al agua desde lo alto del acantilado, percibiendo ese terrible estremecimiento, la tentación del olvido.